

presión y atraso respecto a las zonas más desarrolladas. Como consecuencia, el Ideal andaluz, de Blas Infante, o El regionalismo, de Brañas, han suscitado un interés sensiblemente inferior al de obras paralelas de escritores catalanistas o vascos.

En Regionalismo, burguesía y cultura pretenden José Carlos Mainer cubrir este hueco respecto a Aragón (1). El intento de renovación frustrado de la Revista de Aragón (1900-05) traza un doble eje de regeneracionismo universitario y reflejo de una fallida industrialización que simbolizarán la crisis de la producción azucarera y el imposible crecimiento de la minería del lignito turolense. El regionalismo que nos transmiten las páginas de la Revista de Aragón da cuenta de la debilidad del empuje burgués autónomo, apenas desborda el cuadro del regeneracionismo y traduce la orientación conservadora de una conciencia burguesa fielmente reflejada en la filiación política de los colaboradores de la revista —Severino Aznar, en primer término—, que la convierten en antecedente de los grupos aragoneses que en la década de 1920 jugarán ya un papel de primer plano en el conservadurismo político de inspiración eclesiástica (Mingujón, Albareda, Inocencio Jiménez).

Como contrapunto de su estudio del «regionalismo perdido» de la Revista de Aragón, presenta Mainer en la segunda parte de su libro el análisis de otra revista, pero esta vez portadora de los proyectos culturales de una burguesía en ascenso, la que en Vizcaya obtiene, a partir de 1915, los máximos frutos de la neutralidad española merced a la acumulación intensiva de beneficios, especialmente en el sector naviero. En alguna ocasión, comentando el libro de Santiago Rolán y José Luis García Delgado sobre la acumulación de la guerra, apuntamos a la signifi-

(1) Colección Beta. A. Redondo, Editor. 223 páginas.

LA ORQUESTA ROJA: UNA HISTORIA TERRIBLE

La Orquesta Roja fue un amplio equipo de espionaje soviético en la Alemania nazi antes y después de la guerra. Una organización minuciosa, activa y arriesgada, dirigida y creada por alguien que no procedía de ninguna de las escuelas profesionales del gran espionaje mundial, sino por la figura hoy prácticamente desaparecida, o quizá invisible, de lo que dentro del movimiento comunista se llamaba con la palabra de mayor admiración: un "militante". Un hombre dispuesto a servir al partido, que es algo más para él que un partido —es la imagen de una Humanidad nueva y distinta—, donde sea preciso y como sea preciso. El inteligente prólogo de Javier Alfaya al libro que él mismo ha traducido, con una justeza de versión que no se ve frecuentemente, "La Orquesta Roja", señala esa condición del militante revolucionario, esa especie de sobrehumanismo que le sitúa habitualmente por encima del profesional: el antipoda de la otra figura del partido, la del burócrata. La red de espionaje Orquesta Roja estaba compuesta por militantes, por revolucionarios, y quizá por ello alcanzó una perfección, una instrumentación —siguiendo la metáfora musical que le dio su nombre— pocas veces vista en los anales del espionaje. El reportero francés Gilles Perrault —digamos que un militante del periodismo— ha reconstruido las actividades de esta red en un libro que después de años de ser un "best-seller" mundial llega a España. Rápidamente se comprende por qué ha tenido tanta difusión: está escrito con una fuerza novelesca impresionante, y, sin embargo, se atiene siempre a la estricta verdad, confirmada por los testigos —el director de la Orquesta, Trepper, entre otros: Trepper hizo recientemente unas declaraciones que publicó TRIUNFO (núm. 590)— y por los documentos. La realidad es mucho más apasionante que la de todas las novelas de espionaje que se desbordan en los anaqueles de las librerías. La realidad tiene carne, tiene rostro humano, tiene algo que la ficción novelesca raras veces alcanza en este género, y esa sangre humana, la que circula velozmente por las arterias, que son las páginas de este libro. Los personajes viven, las situaciones también. Vive también cierta

amargura, cierta decepción: la de que este increíble servicio de espionaje en toda la Europa dominada por los nazis podría haber sido más útil si hubiese sido más escuchado.

Y la destrucción del concepto de militante, que quizá comenzó cuando Stalin inició sus depuraciones, en las que cayeron o fueron apartados del poder tantos revolucionarios. El libro de Gilles Perrault hace un gran énfasis en esta cuestión —y Alfaya insiste en ella—, quizá cayendo con exceso



Leopold Trepper.

en la cuestión de culpar a Stalin y de no considerar las razones que pudo tener y las complacencias del sistema que le rodeó. Tema más amplio que el que se puede rozar de paso, y que, desde luego, excede a la simple "cuestión judía", en la que se mezcla imprudentemente.

Objeciones marginales. El libro es, sobre todo, el relato de las increíbles actividades de la Orquesta Roja en el centro de un mundo enteramente hostil y peligroso, y la de su destrucción final a manos de aquellos a quienes había ayudado. ■ J. A.

(1) Gilles Perrault, «La Orquesta Roja». Notas de introducción y traducción de Javier Alfaya. Editorial Lira. Barcelona, 1974.

cación de la revista *Hermes* (1917-22) como expresión del giro en la conciencia nacionalista que provoca el crecimiento de la guerra. El detallado estudio que de la misma hace ahora Mainer confirma aquella impresión, poniendo de relieve el cambio que el nuevo regionalismo supone en los mismos temas tradicionales —por ejemplo, en el ruralismo— de la

ideología nacionalista. «El objetivo de *Hermes* —escribe Mainer— es dar forma cultural a una política dosificando debidamente la tradición y el futuro. Su problema fundamental era, por consiguiente, decidir la alternativa de lo autóctono rural (tan contradictorio con el espíritu que alentaba en la moderna imagen del país) y aquello que, siendo regional, tuviera

un alcance —y, en lo posible, un refrendo— nacional. *Hermes* optó por la segunda propuesta, pero ni pudo ni quiso abandonar la primera...». Esta pretensión de realzar el universalismo de los valores regionales es lo que explica la presencia, en una revista que muy pronto tendrá que financiar directamente Ramón de la Sota, de firmas como las de Ba-

roja, Maeztu y Unamuno, rara vez compatibles con el nacionalismo, e incluso el intento de obtener para el tercer el escaño en el Congreso por Bilbao. Forjando una ilusoria armonía que, como acertadamente pone de relieve Mainer, el cambio de coyuntura de 1920 había de invalidar de modo definitivo.

Las dos monografías conjugadas sobre los «regionalismos» de la Revista de Aragón, y *Hermes* configuran, a nuestro juicio, uno de los mejores trabajos publicados hasta la fecha por Mainer. ■ ANTONIO ELORZA.

«Romance» (1940-1941): una revista del exilio

La reciente reimpression facsímil que se ha hecho en Alemania (1) de *Romance*, nos mueve a escribir unas notas sobre esta revista, una de las más interesantes y singulares de las hechas en el exilio. Fue fundada por un grupo de jóvenes «emigrados», en 1940, al poco de su llegada a México, y quiso aunar en torno a un empeño compartido de extensión cultural, a intelectuales, escritores y artistas españoles como hispanoamericanos. En el «Propósito», que encabeza el primer número (15 de febrero de 1940), declaran, entre otras cosas:

«Sin carácter de grupo ni de tendencia, pero claramente partidaria de un aspecto esencial de la cultura: su popularización, «Romance» aspira a recoger en sus páginas las expresiones más significativas —por la calidad de su pensamiento y sensibilidad— del movimiento cultural hispanoamericano (...).

Hemos escogido el título «Romance» porque creemos que reúne todos los significados que a nuestra revista queremos darle. El ro-

(1) Nos referimos a la reimpression que ha hecho en Alemania, con una «Introducción» de Antonio Sánchez Barbudo, la editora Detlev Auvermann. Glashütten im Taunus, 1974.

mance castellano, medio de expresión maravilloso de los sentimientos populares españoles, crónica viva de la Historia, de la nacionalidad española, es a la vez, con diferentes nombres, en los pueblos de América, la forma de expresión del alma popular...».

A esta proclama dio su aquiescencia lo más florido de la intelectualidad hispanoamericana, pues figuraban entre los consejeros de colaboración y colaboradores: Pablo Neruda, Alfonso Reyes, Mariano Azuela, Octavio Paz, D. Alfaro Siqueiros, Gabriela Mistral, Nicolás Guillén, Vicente Huidobro, Jorge Luis Borges, Xavier Villaurrutia, Antonio Castro, Carlos Pellicer, etcétera.

Los fundadores, sin embargo, eran escritores en ciernes y sin nombre aún, al menos en el Nuevo Mundo: Miguel Prieto, Lorenzo Varela, J. Herrera Peterec, A. Sánchez Barbudo, A. Sánchez Vázquez y Juan Rejano (director). Claro, que todos ellos habían desarrollado actividades literarias, artísticas y culturales en España de importancia. Antonio Sánchez Barbudo y José Herrera Peterec habían compartido el Premio Nacional de Literatura en 1938 y colaborado en la prestigiosa revista *Hora de España*, de la que el primero fue, en 1937, secretario. Lorenzo Varela llegó a despuntar en las páginas de *El Sol*, en 1936, como crítico, siendo poeta de grandes dotes también. Juan Rejano había colaborado en la dirección de la Editorial Cenit, una de las más significativas de los 30, y fue director del *Mundo Obrero*. Sánchez Vázquez, el más joven, había sido director del diario *Ahora*, órgano de la JSU. El pintor Miguel Prieto se encargó de la parte tipográfica y, a la vez, junto con otros pintores, Rodríguez Luna, Enrique Climent y Ramón Gaya, ilustraba la revista con viñetas y dibujos. (Por la atención que se daba a la parte artística, los componentes de la Redac-